

EL COMPLEJO ARQUEOLÓGICO DE SAN JUAN EL ALTO (SANTA CRUZ DE LA SIERRA-CÁCERES). SANTUARIOS RUPESTRES



JOSÉ ANTONIO RAMOS RUBIO - JULIO ESTEBAN ORTEGA - ÓSCAR DE SAN MACARIO SÁNCHEZ
DIBUJOS: PILAR RUIZ BULNES

A Francisco López, por su ayuda y amistad

La Sierra de Santa Cruz es un monte isla de 843 m de altura que domina el paso de la vía que de Norte a Sur pone en contacto las fércas vegas de la cuenca media del Guadiana con la meseta trujillana cacereña. Se trata de una ruta natural muy utilizada desde la más remota antigüedad por los distintos pueblos que por estas tierras transitaron. Prueba de su situación estratégica son los numerosos restos arqueológicos que sus

moradores dejaron abandonados a lo largo de la Historia: desde las primeras etapas del metal, Bronce Final, Hierro Inicial y Pleno, pasando por la Etapa Romana y llegando hasta el Medievo.

Varios han sido los autores que se han ocupado de contar la historia de este Lugar. A comienzo del siglo pasado Mario Roso de Luna¹ realizó las primeras prospecciones aquí y allá entre los numerosos vestigios que se amontonan en sus laderas. A finales de los 70 Martín Almagro Gorbea² en su obra emblemática sobre la Protohistoria extremeña se hacía eco del hallazgo de un enterramiento del Periodo Orientalizante que dos décadas atrás había descubierto el maestro de la localidad Don Antonio Mena Ojea³ en el lugar conocido como “Huerta de Mariprao”. Se convertía así nuestra montaña en un enclave fundamental para comprender la expansión hacia el Norte de la cultura tartésica y se empezaba a valorar el papel de la región extremeña en el concierto de esta corriente orientalizante que puso en contacto el ámbito fenicio y tartésico andaluz con la cultura indoeuropea de las tierras interiores de la Meseta Occidental. Ya en los 90, Ana María Martín Bravo⁴ estudiaba los poblados existentes en el extremo norte de la Sierra. Mucho antes, en los años 20, José Ramón Mélida⁵ analizaba los abundantes restos de edificaciones musulmanas de los siglos IX-XIII (necrópolis, hábitat, fortificación, etc.) y recientemente la profesora Gilote⁶ dirigía también sus investigaciones a los vestigios de época musulmana. Por su parte, Manuel Rubio⁷ realizó hace pocas fechas un interesante estudio sobre otro castro localizado en el cerro San Juan el Alto⁸ e hizo referencias a los restos encontrados en 1956 por Mena en la cercana huerta de “Mariprao”.

¹ M. ROSO DE LUNA, “Excavaciones en la Sierra de Santa Cruz”. *Revista de Extremadura*, IV, Badajoz 1902, 253-258.

² M. ALMAGRO GORBEA, “El Bronce Final y el período Orientalizante en Extremadura”. *Bibliotheca Praehistórica Hispana*. XIV, Madrid 1977, 204.

³ A. MENA OJEA, “Restos prehistóricos en Santa Cruz de la Sierra”, *Revista Alcántara*, 1959, 41

⁴ A. M^a MARTÍN BRAVO, *Los orígenes de Lusitania. El I Milenio a. C. en la Alta Extremadura*. Real Academia de la Historia, Madrid 1999, 37.

⁵ D. CASADO RIGALT: *José Ramón Mélida y la Arqueología Española*. Real Academia de la Historia. Madrid, 2006, p. 216.

⁶ S. GILOTTE, *Aux marges d'Al-Andalus. Peuplement et habitat en Estrémadure centre-orientale (VIIIe–XIIIe siècles)*, 2 vol. Academia Scientiarum Fennica. Helsinki, Finlande 2010.

⁷ M. Rubio Andradá; F. J. Rubio Muñoz, y M. I. Rubio Muñoz, “El poblado de la Edad del Hierro de San Juan el Alto de Santa Cruz de la Sierra”. *Actas de los XXXVI Coloquios Históricos de Extremadura*. Tomo II. Badajoz 2008, 683-713. Lo cita A. Melchor Terrón, *Santa Cruz, la Sierra y su entorno*. Badajoz 2001, 97, 100-102.

⁸ Nombre que recibe por la cercana ermita de San Juan Bautista, ya en ruinas, que se encuentra dentro del Cementerio construido a mediados del siglo XIX. Vid. Tomás López donde la cita en el *Interrogatorio de la Real Audiencia* de 14 de febrero de 1791, donde dice que a la de San Juan van los feligreses en procesión a oír misa. Los únicos restos que quedan de la ermita es un arco triunfal que permitía el acceso al Altar Mayor y algunos restos pétreos en la entrada y en el citado ábside así como visibles pinturas murales muy deterioradas. T. LOPEZ, (1798), *La provincia de Extremadura a finales del siglo XVIII*, Ed. Asamblea de Extremadura, Mérida 1991.

Aquí en San Juan el Alto se localiza un impresionante complejo arqueológico nada fácil de comprender a causa de las superposiciones de culturas que ocuparon el lugar. Data de la última etapa del Bronce y pervive durante el Primer Hierro a juzgar por los materiales encontrados. De aquí proceden los restos de enterramientos localizados por Mena y se pueden ver a simple vista vestigios del recinto amurallado, altares de sacrificios, grabados rupestres al aire libre, cazoletas, cerámica y algunos objetos de metal en superficie. Las antiguas murallas se confunden frecuentemente con los muros que han servido para apuntalar el aterrazamiento que a distintos niveles jalonan la sierra. Se trata de uno de los muchos miradores que en las estribaciones de la montaña se levantan vigilando el camino que transcurría por el llano y que sirvió de refugio a sus moradores.

EL POBLADO

El poblado se emplaza en una elevación residual que se alza a 453 m de altitud al suroeste de la población (fig. 1). Su parte superior forma una superficie amesetada delimitada por profundos escarpes en buena parte del perímetro. Presenta una estrangulación central que individualiza dos espacios, una mayor al Sur, situado a un nivel superior más cercano al cerro de San Gregorio que ocupa una superficie de 4 ha; y otra al Norte, más reducida y con menor elevación de algo menos de 1 ha. En la zona más estrecha entre ambas mesetas se yerguen enormes bloques de granitos que contribuyen a separar ambos espacios. Un poco más abajo, las laderas en suave pendiente se aprovechan para pastizal y las terrazas se utilizan para el cultivo de cereales. La vegetación es típicamente mediterránea: abundan las chumberas, encinas, robles, olivos, almendros, etc. junto con las plantas típicas como la escoba, la jara, el codoso y la vegetación fisulí-



fig. 1 San Juan el Alto a vista de pájaro

rica en la fractura de los bolos que salpican toda la montaña. La caza es muy abundante y existen numerosos manantiales de agua pura y cristalina que aun hoy día se utiliza para el consumo diario de los lugareños.

La meseta se rodeó de una muralla de material granítico aprovechando los afloramientos rocosos, que se convierten en los principales baluartes de las defensas. Los intersticios entre los enormes bolos se cierran con grandes bloques del mismo material arrancados de las canteras próximas que conservan todavía los restos de su extracción. Buena parte del paramento se ha derrumbado y forma grandes acumulaciones de piedras soterradas en las laderas al pie del yacimiento que llegan a alcanzar espesores considerables. La muralla exterior se adapta a la orografía del terreno y bordea todo el perímetro de la meseta. La potencia de la fortificación se incrementa en las zonas más desprotegidas situadas al Oeste y disminuye donde las defensas naturales son más acusadas. Es precisamente en la zona de poniente donde el recinto está más deteriorado, pues al ser éste el acceso natural al poblado, las sucesivas remodelaciones han desmantelado el paramento original que se ha utilizado para el asentamiento del camino y el aterrazamiento de cultivos.

En el extremo norte del poblado la muralla debió de estar rematada por un gran torreón a juzgar por la gran acumulación de materiales procedentes del derrumbamiento de la estructura. A partir de aquí, en dirección sur y en el lado del levante el paramento sigue la misma cota formada por la meseta que se precipita en vertientes muy pronunciadas hasta el llano situado al pie de la elevación. Se mantienen en pie todavía amplios tramos de la muralla que en alguna zona llega a tener un alzado de 3'5 m (fig. 2). En cotas inferiores se distingue un segundo recinto de menor potencia sobre el que no estamos en condiciones de asegurar que formara parte de las primitivas defensas del poblado. Hacia el Sur la muralla se pierde en el apoyo del cerro de San Gregorio. Hacia



fig. 2 Detalle de la muralla NE

Oeste el panorama se complica, pues la muralla se confunde con los muros de terrazas y los apoyos de los caminos trazados en etapas sucesivas. Sin embargo, en algunos tramos se conservan los bloques que cerraban el espacio entre los bolos de granito.

La técnica constructiva de la muralla es muy simple y consiste en grandes bloques de granito bastante irregulares puestos en vertical y aparejados en seco que se calzan con piedras de menor tamaño para estabilizar la construcción. En el interior un relleno de cascote y tierra consolida el muro con el plano inclinado de la montaña. En algunos tramos el paramento presenta una forma ataludada que llega a alcanzar varios metros de altura. Destacan cuatro orificios cuadrados practicados en uno de los bolos situados en la parte nororiental, seguramente para la colocación de algún tipo de empalizada para defender el camino que discurre paralelo a la muralla. Los accesos al interior del recinto se sitúan en los flancos sur y norte, observándose claramente un vano de 1 m de luz en este lado sur de la muralla y los derrumbes de otro similar en el lado opuesto.

Las características del complejo defensivo y sus sistemas constructivos son muy similares a las que se pueden observar en otros poblados datados en esta época, como los de El Risco (Sierra de Fuente), Los Castellones de Araya (Garrovillas), La Cabeza del Buey (Santiago de Alcántara), Virgen de la Cabeza (Valencia de Alcántara) o el de La Muralla (Valdehúncar)⁹.

El yacimiento de San Juan el Alto forma parte de un poblamiento caracterizado por ocupar lugares estratégicos en los rebordes montañosos de la Penillanura cacereña. Son poblados situados en altura que están en la cercanía de las rutas naturales, ya sean fluviales o terrestres, que atraviesan la región. Desde la seguridad de sus atalayas los lugareños podían ver y ser vistos y controlaban el trasiego de personas, mercancías y ganados que por estos caminos transitaban.

La mayor parte de estos poblados han sido arrasados con el paso del tiempo y casi ninguno conserva vestigios identificables del hábitat originario. Tampoco en San Juan el Alto se aprecian restos de cabañas, pero hemos de suponer que las viviendas se distribuirían de forma dispersa y sin ningún tipo de organización a lo largo y ancho de las plataformas que delimitan los grandes bolos de granito. Frecuentemente se recurre a cerrar los espacios entre los bolos próximos con muros de piedras para formar la vivienda y algunos de ellos presentan grandes oquedades que han podido ser utilizados como abrigos. Este mismo sistema de hábitat se puede observar en el poblado de Cabezo de Araya, donde los grandes bloques de granitos han sido horadados por la erosión formando amplios abrigos que sirvieron de vivienda a los lugareños. En uno de estos abrigos apareció el famoso depósito que contenía un conjunto de piezas metálicas de la última etapa de la Edad del Bronce¹⁰.

⁹A. MA^a MARTÍN BRAVO, Los orígenes de Lusitania. El I milenio a. C. en la Alta Extremadura, Biblioteca Archaeologica Hispana 2, Madrid 1999, 33 ss. y 70 ss.

¹⁰A: ALMAGRO BASCH, « El depósito del Bronce III Hispano de Cabezo de Araya. Arroyo de la Luz (Cáceres)». *Revista de Estudios Extremeños* XVII, 1961, 7-26.

En el Risco de Sierra de Fuentes¹¹, único yacimiento de la zona excavado donde se han conservado fondos cabañas, la planta era oblonga y la construcción arranca directamente de la roca madre sin ningún tipo de cimentación, a lo sumo se aplanaba el terreno y se desbastaba la superficie de la roca para colocar las primeras hiladas. A continuación se levantaba el muro sin argamasa y se cubrían los huecos con barro. La estructura se remataba con una cubierta vegetal compactada con pellas de barro.

Este tipo de hábitat es muy característico de la última etapa del Bronce y se mantiene durante la I Edad del Hierro en Extremadura, momento en que empieza a dejarse sentir la corriente Orientalizante que puso en contacto todo este mundo indígena con las culturas avanzadas del Mediterráneo a través de Tartesos. Desde el Sur irá penetrando en la región, transformando la vida y las costumbres de los lugareños que adoptarán, entre otras muchas innovaciones, las nuevas técnicas constructivas, entre las que se encuentra la planta rectangular de las viviendas.

Pero todo parece apuntar que San Juan el Alto estuvo habitado, al menos desde finales del II milenio y durante buena parte del I a. C. En varios tramos de la muralla que da al saliente se aprecia claramente dos momentos constructivos: uno más antiguo caracterizado por un paramento de grandes bloques de granito bastante regulares, formando las primeras hiladas; y un segundo nivel, más moderno, a base de muros contruidos con piedras de menor tamaño y forma irregular que, en ocasiones, aparece algo desplazado de la línea de muralla que lo cimenta (fig. 3). La fase más antigua del poblado, según se desprende del sistema constructivo de sus murallas, parece corresponder a la última etapa de Bronce o comienzos del Hierro, aunque se podría retrotraer incluso a la fase Calcolítica. La más moderna, por su parte, habría que llevarla a la segunda mitad del I milenio, en plena Edad del Hierro.

Esta misma secuencia cronológica comprenden las cerámicas procedentes de este mismo yacimiento que a continuación pasamos a comentar brevemente.

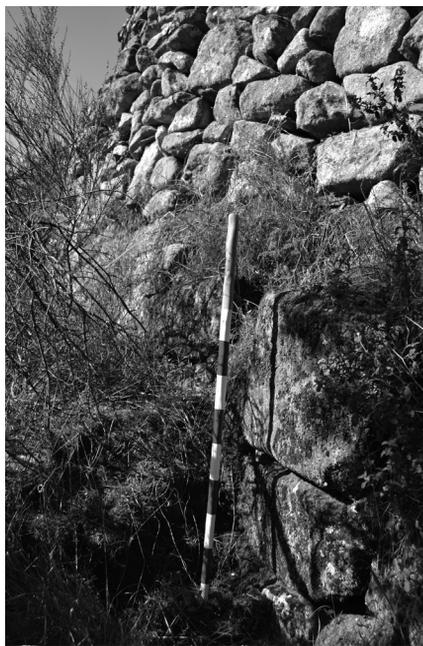


fig. 3 Las dos fases de la muralla

¹¹ J. J. ENRÍQUEZ NAVASCUÉS-A. RODRÍGUEZ DÍAZ-I. PAVÓN SOLDEVILLA, *El Risco. Excavación de urgencia en Sierra de Fuentes (Cáceres)* 1991 y 1993, Mérida 2001.

En ladera oeste del poblado se aprecia en superficie abundantes restos cerámicos muy rodados, pero que nos sirven para establecer la cronología del hábitat allí emplazado. Hay abundantes fragmentos de vasos de gran tamaño de difícil adscripción cronológica. Son recipientes dedicados al almacenaje tanto de sólidos como de líquidos muy utilizados en este tipo de poblados de la edad de Bronce y que perviven a lo largo del primer milenio. En su mayor parte no llevan decoración, aunque algunas superficies presentan un tratamiento de escobillados y no faltan los estampillados. Estas últimas son muy comunes en los yacimientos extremeños de la II Edad del Hierro y aparecen mezcladas con otras cerámicas probablemente de etapas anteriores.

Entre la cerámica fina se detectan algunos fragmentos de cuencos y cazuelas elaborados a mano con decoración bruñida que son características del Bronce Atlántico. Especialmente interesante nos parece un pequeño fragmento a mano de cocción oxidante y con una decoración incisa en forma de espiga que podría encuadrarse cronológicamente en la I Edad del Hierro. También apareció cerámica ibérica a torno con decoración pintada a base de bandas y filetes en color rojizo, típica de la II Edad del Hierro, similares a las halladas en el castro de La Coraja de Aldeacentenera¹² y en buena parte de los castros extremeños de esta época. Junto a éstas cerámicas se recogieron algunos fragmentos de *sigillata* y cerámica árabe.

Las cerámicas de San Juan el Alto abarcan, por tanto, un amplio periodo cronológico y que va desde finales del segundo milenio a. C. en pleno Bronce Final y I Edad del Hierro, pasando por el Hierro II y época romana, hasta la etapa de dominación árabe. Prueba inequívoca del valor estratégico de esta elevación que controla la ruta que discurría a su pie y que comunicaba las tierras del Tajo Medio con la cuenca del Guadiana en su paso al este de la Sierra de Montánchez.

Gran trascendencia tiene el hecho de que sea precisamente en este poblado donde a mediados del siglo pasado se descubriera un conjunto de materiales procedente de un enterramiento de incineración que podría fecharse a finales del siglo VIII o comienzos del VII a. C. El hallazgo fue realizado por un agricultor de la localidad, Timoteo Rodríguez Ávila, mientras araba la tierra del olivar. En un momento de su labor debió enganchar con la reja uno de los recipientes y se decidió a excavar más detenidamente con la azada lo que allí había. Sin muchos miramientos destrozó el mayor de los tres recipientes cerámicos encontrados, que ya estaba roto y en posición inclinada. El plato que la cubría estaba desplazado y la tierra había penetrado en la urna mezclándose con los restos óseos del interior. Junto a ella se disponían dos recipientes de cerámica de menor tamaño, que también resultaron dañados, y una figurilla de arcilla en forma de pájaro. Estos dos últimos vasos fueron depositados en el Museo de Cáceres (fig. 4),

¹² J. ESTEBAN ORTEGA, «El poblado y la necrópolis de La Coraja, Aldeacentenera-Cáceres, en *El proceso histórico de la Lusitania Oriental en época prerromana y romana*, Cuadernos Emeritenses 7, Mérida 1993, 55 ss.

pero de la urna, el plato que la cubría y la figura de arcilla nada se sabe, aunque existen fotografías de esta última y de la urna reconstruida por el propio Mena, quien dio a conocer el conjunto.



fig. 4 Urnas orientalizantes

La urna de mayor tamaño está elaborada a torno con paredes más finas que los dos vasos restantes. El segundo de los recipientes tiene panza ovoide que a partir de un acentuado bisel remata en un gran cuello con forma acampanada¹³. Presenta una decoración a base de cuatro bandas paralelas de engobe rojo, la superior más ancha que las restante. Un tercer vaso, también fabricado a torno como los anteriores; tiene forma globular con cuello menos acentuado y va decorado con tres bandas del mismo engobe rojizo.

Estas cerámicas tienen un origen fenio-púnico y deben de proceder de algún taller del Bajo Guadalquivir¹⁴ llegadas a la zona no como un mero intercambio sino más bien formando parte del ajuar de una joven entregada en matrimonio a uno de los jefecillos

¹³ Agradecimiento a don Juan Valadés, director del Museo Provincial de Cáceres por permitirnos fotografiar las urnas.

¹⁴ Esta es la opinión de la profesora Aubet, quien localiza los paralelos más cercanos en la necrópolis de Setefilla (Lora del Río) y en la de la Joya (Huelva). Véase respectivamente: M^a E. AUBET, “La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla”, *Programa de Investigaciones. Protohistóricas*. II. Barcelona, 1975; EÁDEM, “La necrópolis de Setefilla (Lora del Río, Sevilla). El Túmulo A. *Programa de Investigaciones. Protohistóricas*:

del lugar para introducir relaciones de amistad y garantizar los intercambios económicos entre la región, rica en metales, y el poblado de origen de la dama¹⁵.

ESPACIOS SACROS

Acerca de la religiosidad de estas primeras etapas de la Historia lo desconocemos prácticamente todo y, por supuesto, no vamos a entrar aquí en detalles sobre este complejo mundo. Pretendemos solamente dar a conocer la existencia en este poblado de hasta cinco lugares relacionados con rituales de sacrificios y ofrendas.

ALTAR DE SACRIFICIOS 1 (fig. 5). El primer complejo ritual se sitúa en la entrada norte del poblado. Se trata de un espacio de forma rectangular o ara excavado en la roca de unos 4 x 2 m que se conserva solo parcialmente. Está muy deteriorado y por el frente sur apenas se distinguen sus límites. No así por el norte donde todavía se puede observar con toda nitidez su forma originaria. Al ara central se accede por dos escalinatas irregulares talladas en la roca, una en la esquina noreste, más amplia, con 2 peldaños rectangulares de 70 x 50 cm, y otra al sureste de tamaño más reducido con 2 peldaños circulares de 60 x 10 cm.

En el frente norte se tallaron tres cubetas rectangulares a distintas alturas y en sentido descendente que parecen comunicarse entre sí, seguramente a través de canalillos que vertían los líquidos unas en otras hasta el pie del altar. Las dos cubetas inferiores están muy erosionadas y solamente se ha conservado en buen estado la superior.

ALTAR DE SACRIFICIOS 2 (fig. 6). A unos 7 metros del altar citado encontramos un pequeño bolo de granito con forma ovalada, más ancho en la parte superior y estrecho en el pie. Mide 3,30 m de largo por 2,10 de ancho y 1,50 de altura. Presenta una cubeta redondeada arriba en el centro relativamente profunda (90 x 60 cm), debido seguramente a la disolución del granito por efecto del agua acumulada a lo largo del tiempo. En el lateral derecho otra cubeta (50 x 40 cm), cuya forma está más desdibujada, parece comunicarse con la principal; y en el extremo que da al sur se aprecia una tercera cubeta de forma rectangular de 60 x 37 cm y unos pocos centímetros de profundidad. En la base del altar hay una cavidad producida por la erosión del granito, con una angosta entrada, cuyo interior ha sufrido un importante metamorfismo formando oquedades de 10 cm de diámetro.

Entre ambos conjuntos rituales se aprecian restos evidentes de una cantera de donde se extrajo el material para la construcción del recinto. Son varias las canteras localizadas

Andalucía Extremadura, Barcelona 1981, 94; EÁDEM, Excavaciones en Setefilla: el Túmulo B". Programa de Investigaciones. Protohistóricas: Andalucía Extremadura. Barcelona 1981, 213; y E. M. ORTA y J. P. GARRIDO, "La tumba orientalizante de "La Joya", Huelva, *Trabajos de Prehistoria* 11, 1963, 21.

¹⁵ A. M^a MARTÍN BRAVO, 1999, 9. Las mismas circunstancias parecen coincidir en una tumba procedente de El Carpio del Tajo (Toledo), véase: M. RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, "La novia vendida: Orfebrería, herencia y agricultura en la Prehistoria de la Península Ibérica", *SPAL* 1, 1992, 238.



fig. 5 Altar 1



fig. 6 Altar 2

en el perímetro del espigón de San Juan el Alto. En algunas de ellas aún se conservan las huellas de las cuñas y los bloques cortados en distinto grado de elaboración. Se buscaron grandes planchas de granito y se cortaron siguiendo las vetas y las fracturas naturales, mediante un proceso que se iniciaba marcando con cortafríos y mazos pequeñas ranuras a intervalos regulares; después se introducían cuñas para romper por la línea marcada y así obtener bloques más o menos regulares. Dichos bloques se moverían con palancas para su partición en otros más pequeños.

ALTAR DE SACRIFICIOS 3 (fig. 7 y 8). A medio camino entre las dos mesetas predomina la formación de “grandes bolos” redondeados que la erosión se ha encargado de limar sus aristas. Allí, al pie de uno de estos gigantes pétreos, se encuentra otra de estas “peñas sacras” en una gran roca de pendientes más suaves con forma aplanada en su parte superior, donde se talló una cavidad en forma rectangular. El ara está muy erosionada y solo conserva parte de uno de sus ángulos. Se accede a ella por el norte a través de 5 escalones rectangulares tallados en la roca de 70 cm de largo por 30 de ancho. Por el Oeste se aprecian dos entalladuras circulares de 30 x 20 cm que ascienden hacia el ara.



fig. 7 Altar 3



fig. 8 Dibujo altar 3

ALTAR DE SACRIFICIOS 4 (fig. 9 y 10). En el extremo sur de la meseta, en su cima más elevada, situada a 511 metros de altitud, nos encontramos con otro altar de sacrificios localizado en una roca de forma irregular y suaves pendientes. En la parte superior se halla el ara en forma ovalada de 80 x 67 cm, a donde se accedía por tres peldaños tallados en la roca de 21 x 18 cm. Junto a la cubeta superior se aprecia un total de 11 cazoletas distribuidas de forma irregular y de tamaño diferente. Podemos especular de una posible formación natural transformada para un uso concreto o con la posibilidad de estar ante una especie de calendario agrícola de fases lunares, o un lugar sagrado relacionado con el culto a ciertos elementos naturales.



fig. 9 Altar 4



fig. 10 Dibujo altar 4

No es frecuente la aparición de varios de estos altares de sacrificios en un espacio tan reducido. La proliferación de espacios sacros en San Juan el Alto tiene que venir motivada necesariamente por razones relacionadas con la pervivencia del hábitat a lo largo de las sucesivas etapas protohistóricas.

Siguiendo al profesor Almagro-Gorbea, el culto a las peñas se documenta ya desde el Campaniforme en Peñatú y en Fraga da Pena, en el Bronce Final en Axtroki y en la Edad del Hierro en Ulaica y Peñalba de Villastar, siempre asociado al culto solar¹⁶. Estas manifestaciones religiosas las relaciona Almagro con un sustrato muy arcaico “protocéltico” que coinciden con otros rituales como los depósitos de armas en cuevas y peñas que aparecen ya desde los primeros momentos del Bronce Atlántico y continúan hasta el Bronce Final con la costumbre de arrojar armas a las aguas¹⁷.

El ritual del sacrificio debió de ser muy similar en los pueblos de la Hispania Céltica. El sacrificio se efectuaba en la parte superior del santuario y las piletas estaban destinadas a contener la sangre de las víctimas y a la cremación de las entrañas de las mismas. La coincidencia de la orientación del altar con la cumbre alta, podría no ser casual y estar intencionadamente buscada en asociación con algún fenómeno celeste.

No conocemos las divinidades estaban a las que estaban dedicadas todas estas ceremonias y rituales en el caso del San Juan el Alto, pero sabemos de la existencia en la zona de una deidad indígena que debió asimilarse a *Lux Divina* –diosa romana de naturaleza astral– que fue venerada por los lugareños¹⁸.

¹⁶ M. ALMAGRO-GORBEA, «Nuevas fechas para la Prehistoria y la Arqueología de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria* 33, 1976, 307-317.

¹⁷ M. ALMAGRO GORBEA, «Sacred Places and Cults of the Late Bronze Age tradition in Celtic Hispania», en R. Habelt (ed.), *Archäologische Forschungen zum Kult-geschehen in der Jüngeren Bronzezeit und Frühen Eisenzeit Alteuropas*, U. Regensburg, Bon, 1996, 43-79.

¹⁸ En Santa Cruz de la Sierra han aparecido dos inscripciones romanas en las que se invoca a *Lux Divina* por parte de dos individuos, uno de los cuales lleva onomástica indígena, lo que sugiere el posible sincretismo religioso. Véase: J. ESTEBAN ORTEGA, *Corpus de Inscripciones latinas de Cáceres II, Turgalium*, Cáceres 2012, nº 684y 685.

Dada la escasa distancia entre los dos primeros altares, es muy posible que ambos formaran parte de un mismo espacio ritual que habría encuadrar cronológicamente en la II Edad del Hierro. No sería descabellado pensar que el primero de ellos estuviera dedicado a rituales en los que se inmolaban víctimas de gran tamaño, como toros, caballos e incluso no habría que descartar los sacrificios humanos, de los que tenemos sobradas evidencias en las fuentes antiguas¹⁹. Efectivamente, la gran estancia rectangular tiene por el Este una doble escalera por las que debieron acceder los sacerdotes encargados de realizar el ritual, pero por el Sur existe una suave pendiente que permitiría el acceso de animales de gran tamaño. El segundo, estaría destinado al sacrificio de animales más pequeños: aves, conejos, etc.

Pero las posibilidades de interpretación de este primer conjunto van más allá de las propuestas hasta hora señaladas. La gran cubeta muy bien pudiera haber sido destinada a baños rituales relacionados con ceremonias de iniciación de guerreros tan comunes entre los pueblos prerromanos de la Península Ibérica en general, y entre lusitanos y vettones en particular²⁰. Tampoco habría que descartar su uso como lugar de cremación de los cadáveres (*ustrinum*) de la gente del poblado. De este modo, tras los rituales que acompañaban a la incineración de los cuerpos, se depositaban las cenizas del difunto en su correspondiente urna y posteriormente se llevaban a la necrópolis, donde se depositaba en un hoyo practicado en el suelo junto con el ajuar y algunos cuencos y platos de ofrendas.

La disposición de ambos altares es la misma: un espacio para el sacrificio y una serie de cubetas de menor tamaño para quemar las entrañas de las víctimas sobre las que se realizaban rituales de adivinación y otras ceremonias que se nos escapan.

Para la gran cubeta del primer altar no hemos encontrado paralelos en la región ni tampoco parece haber similitudes con otros santuarios peninsulares, si exceptuamos el posible *ustrinum* hallado en el castro vettón de La Pinosa de Mijares (Ávila)²¹. Estaríamos en presencia, pues, de confirmarse nuestra hipótesis, de la aparición de uno de los primeros *ustrina* de un castro prerromano hallados en la Península donde se realizaban las ceremonias de cremación de los cadáveres y los rituales practicados en torno a la muerte.

Más común es el tipo de altar realizado sobre un pequeño bolo de granito tallado al efecto, con cubetas y canalillos. Los más cercanos los encontramos en las proximidades

¹⁹ Véase entre otros: Estrabón (Iberia, III, 3, 6 y 7); Posidonio (*Str.* IV, 5), Livio (*Per.* 49) Plutarco (*Quaest. Rom.* 83). Plutarco habla de la costumbre de lusitanos y vettones de sacrificar caballos, ovejas, cabras y, también a veces, a los enemigos cautivados para escudriñar las entrañas de las víctimas.

²⁰ Estrabón III, 3, 6. Véase: M. ALMAGRO-GORBEA y ÁLVAREZ SANCHÍS, «La “Sauna” de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico», *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 1, 1992, 177-253.

²¹ D. MARTINO PEREZ: «Necrópolis, área ritual, *ustrinum*, ídolo y santuario del castro vettón “La Pinosa” de Mijares (Ávila)». *Transierra, Boletín de la Sociedad de Estudios del Valle del Tiétar* 6, 2007, 235-248.

de la Cueva de Boquique, en Valcorchero (Plasencia)²², donde en una de estas peñas, ya muy deteriorada, se aprecian restos de una gran cubeta tallada que ocupa casi toda la parte superior de la misma; o en el santuario de Aceituna²³ en el norte de Cáceres, otro altar rupestre, que cuenta con una profusión decorativa a base de cazoletas grabados de antropomorfos, círculos concéntricos, líneas rectas y curvas, etc.

Los altares 3 y 4 presentan una misma tipología y cronológicamente habría que retrotraerlos a la Edad del Bronce. Sus paralelos más cercanos los encontramos en los santuarios de Las Calderonas (Trujillo)²⁴ o en el del Huerto del Cura (Aceitunilla)²⁵. Por su parte, a asociación de altares rupestres con cazoletas se documenta en el santuario de Peraleda de San Román²⁶, al nordeste de la provincia de Cáceres.

En ambos tipos las escaleras representan un papel simbólico más que real y junto con los otros componentes marcarían el espacio sacro donde se realizaba el ritual. Los peldaños vendrían a significar el camino ascendente, el acercamiento al mundo celeste.

ESPACIO RITUAL EXTRAMUROS

Al pie de la muralla de poniente pero fuera ya del recinto del poblado, en un amplio espacio que mira a la población de Santa Cruz de la Sierra nos encontramos con otro complejo ritual que presenta unas características muy particulares. Aquí los grandes bolos se integran como elemento de las defensas y en algunos de ellos se aprecian entalladuras o escalones frente a los cuales se abre la explanada a modo de plazoleta donde se congregaban los lugareños. ¿Se trata quizás de asientos tallados en la roca desde donde se presenciaban los rituales allí practicados? En la parte superior de este espacio, una de las surgencias graníticas sirvió para fabricar una pequeña plataforma sobre la que va una pileta circular perfectamente tallada, sin que se pueda apreciar “resbalón” o acanaladura que denuncie algún tipo de vertido (fig. 11). Probablemente estemos ante un altar de ofrendas con una tipología que se sale de las más comunes formas documentadas en la Península Ibérica.

²² Una referencia a este altar en: M. ALMAGRO-GORBEA y J. JIMÉNEZ ÁVILA: «Un Altar rupestre en el prado de Lácara (Mérida). Apuntes para la creación de un parque arqueológico», *Extremadura Arqueológica* VIII, Mérida, 2000, 428.

²³ A. PAULE RUBIO: “Tumbas antropomorfas y Santuario de Aceituna”. *Actas de los XXXII Coloquios Históricos de Extremadura*, Trujillo 2004, 123-145.

²⁴ J. A. RAMOS RUBIO: «Un altar de sacrificios de la Segunda Edad del Hierro en Trujillo» *Ars et Sapientia* 30, 2009, 61-69.

²⁵ S. MARTÍN GONZÁLEZ: «El Santuario prerromano de El Huerto del Cura en Aceituna en el Contexto de las peñas sacras del Poniente Ibérico», *Revista de Estudios Extremeños* LXVIII, nº 1, Badajoz 2012, 472-502.

²⁶ A. GONZÁLEZ CORDERO: «De los paisajes sagrados a los espacios simbólicos. El santuario rupestre del Valle de Cancho Castillo en Peraleda de San Román», *Actas de los XV Coloquios Histórico-Culturales del Campo Arañuelo*, Navalморal de la Mata 2008.



fig. 11 Altar de ofrendas

El lugar está plagado de elementos que evidencian la existencia allí de un espacio dedicado a ceremonias y ritos conectados con la espiritualidad de los habitantes del poblado. En uno de estos peñascos que forman parte de la muralla se aprecian dos grabados, un soliforme con seis puntos o coviñas (fig. 12) rodeando uno central y, a escasos metros siete haces de líneas o barras verticales (fig. 13), formando todo ello un conjunto decorativo, cuya simbología se nos escapa. En cualquier caso, estas asociaciones de motivos grabados en la roca parecen representar algún tipo de código de comunicación estrechamente relacionado con las creencias religiosas de los lugareños en las que las fuerzas de la naturaleza y los astros intervenían de forma muy directa.



fig. 12 Soliforme

Para algunos este tipo de símbolos pétreos configuran una escritura ógmica²⁷; símbolos que están documentados en otros muchos lugares de la Península Ibérica, siendo especialmente abundantes en el Bajo Aragón. En las proximidades de este asentamiento y con características similares los encontramos en las localidades vecinas de Puerto de Santa Cruz, Abertura, Villamesías y en la misma Sierra de Santa Cruz.

Sobre las cazoletas y los grabados sobre piedra hay una abundante literatura sobre la que no vamos a entrar aquí, pero nos introducen en un mundo simbólico complejo, producto de una sociedad a su vez también compleja. Han sido interpretadas como representaciones astronómicas o siderales, e incluso algunas se han vinculado al control del tiempo y el calendario.

El conocimiento tan superficial que tenemos de la sociedad del Bronce dificulta enormemente establecer los esquemas mentales que llevaron a realizar este tipo de representaciones sobre piedra, pero parece claro que este tipo de manifestaciones no



fig. 13 Haces de líneas

²⁷La escritura ógmica aparece en Irlanda entre los siglos VII y IV a. c. Hay quienes interpretan las cazoletas como signos pertenecientes a la escritura ógmica o hemisférica, un sistema secreto de escritura supuestamente empleado por los sacerdotes de los pueblos indígenas de la Península Ibérica. Esta teoría fue introducida en España por el inglés J. H. Rivett-Carnac en 1902, y rápidamente ganó adeptos entre los investigadores españoles como M. Roso de Luna, que interpretó así las cazoletas documentadas en Extremadura. M. ROSO DE LUNA, «La escritura ógmica en Extremadura», *BRAH*, 44, 1904, 357-359; *idem.*, «La escritura ógmica en Extremadura», *BRAH*, 45, 1904, 352-353.

pueden interpretarse como una simple manifestación estética, sino que en ellas subyace toda una simbología, reflejo de la existencia de un mundo espiritual complejo.

Llegado el momento de concluir estas pocas líneas nos percatamos de la verdadera importancia del complejo arqueológico de San Juan el Alto. Un lugar habitado desde tiempos muy remotos y cuya dilatada pervivencia fue testigo del paso de las sucesivas civilizaciones que allí se asentaron. Quizás estuviera habitado ya en el Calcolítico cuando se produce la verdadera explosión demográfica que pobló extensas áreas de la actual Extremadura. Desconocemos si el hábitat se mantuvo en las primeras etapas del Bronce, puesto que no hay testimonios de ello, pero es seguro que durante el Bronce Final y el Primer Hierro la meseta fue nuevamente elegida para establecer un poblado desde donde controlar el trasiego de personas y mercancías que a sus pies discurría. A mediados del I milenio a. C. el panorama cambió radicalmente para la poblados de la región. Las relaciones comerciales entre el norte y el sur se perdieron y los poblados vivieron una etapa de autarquía. Sin embargo, San Juan el Alto siguió estando habitado, ahora por un grupo de vettones que levantó sus murallas sobre los bastiones de la Edad Bronce. Durante la etapa romana el poblado fue abandonado y sus moradores bajaron de las alturas, asentándose en pequeñas aldeas y *villae* al amparo de la calzada trazada sobre los viejos caminos. La abundante epigrafía romana de la zona así parece confirmarlo.

